

OJEADA AL HORIZONTE DE LOS ULTIMOS ACONTECIMIENTOS  
EN ORIENTE MEDIO

«... Esta vía podrá, pues, proseguir su misión universal: la de unir los diferentes puntos del globo y reforzar los intercambios y la cooperación de las naciones y de los pueblos», dijo Anwar Al-Sadat el pasado 5 de junio en el discurso de reapertura del canal de Suez.

El primer canal egipcio, construido por los faraones, destruido por los asirios, reconstruido parcialmente por los faraones nubios, ampliado por los conquistadores persas y por los Ptolomeos, vuelto a restaurar por Trajano y, finalmente, abandonado a su suerte y destrucción en los siglos posteriores, vuelve a resucitar con el canal de Suez, cuya historia, breve en el tiempo, es mucho más agitada que la de su antecesor.

La ocupación inglesa de 1882 se sucede con el ataque turco durante la Primera Guerra Mundial, el abortado intento alemán de Rommel, las guerrillas egipcias del 51, la retirada inglesa del 54, la nacionalización espectacular, hecha por Gamal en el 56, con la correspondiente agresión tripartita de este mismo año y el cierre, tras de la guerra de los Seis Días, en el 67. Desembocando todo ello en el intercruce de las tropas egipcias e israelíes, con ventaja para las primeras, en la guerra de octubre del 73. En 1974 es desenredada la maraña guerrera egipcio-israelí de ambas orillas y Egipto vuelve a ser dueño de hecho del canal. Inmediatamente después se monta una operación de enorme envergadura para desembarazar la vía acuática de los muchos miles de objetos, producto de las dos guerras y del período intermedio, que la llenaban y llenaban sus márgenes. En esta operación de desescombro intervinieron, junto, naturalmente, con los egipcios, equipos y material de grandes potencias, que, aparte de los intereses políticos propios de cada una, dieron ejemplo de una buena cooperación internacional. Por fin, el mencionado 5 de junio, tras de un discurso, el sucesor de Nasser (en tantos sentidos tan divergente de los caminos y modos de su antiguo compañero y jefe) navegó el canal a bordo de un buque de guerra, seguido de una serie de embarcaciones militares y civiles, una de ellas norteamericana.

Según todos los comunicados de las agencias de prensa, era evidente el entusiasmo de las gentes agolpadas a ambos lados del pasillo líquido, en buena parte pertenecientes a las fuerzas de guarnición.

Un entusiasmo más moderado es el manifestado por los expertos internacionales acerca de las consecuencias económicas beneficiosas que la reapertura del canal supone para el mundo. Como todos sabemos, esta vía de agua, tal cual está, no es apta para el paso de los barcos gigantes, construidos sobre todo a partir del año 1967. Ciertamente el precio de los crudos está, desde hace poco, más sujeto a las lógicas presiones de los países productores que al encarecimiento de los fletes, construcción de superpetroleros, etc., provocados en mayor o menor medida por la inutilización del canal. Pero para la navegación de mediano tonelaje, la vía de agua es fundamental. Además, y de acuerdo con todos los proyectos y promesas hechos ya desde la época de Nasser, el canal debe ser ampliado para permitir la navegación de barcos de hasta un cuarto de millón de toneladas; esto, desde luego, en, por lo menos, dos etapas. Parece ser que aquellos proyectos y promesas se podrán cumplir, siempre y cuando no haya una nueva guerra egipcio-israelí que venga a trastocar todos los planes de futura prosperidad interna, en cuya realización, calma y funambulesca se empeña el actual presidente de la nación del Nilo y el Mediterráneo.

Sadat ha impulsado además la renovación de los equipos gubernamentales. Los hombres que hicieron la revolución egipcia aceleran su retirada ante la generación que les sigue. Muchos de aquellos hombres ya habían desaparecido políticamente en los mismos tiempos de Nasser y en el período comprendido entre el 67 y el 74; pero ahora entra por la puerta grande toda una serie de tecnócratas que en la administración militar y en la civil ocupan los puestos clave; y ello a partir del nuevo vicepresidente de la República, joven general, cabeza quizá de la nueva ola. Es más que evidente que el proceso de unificación, incluso biológica, entre la nueva burguesía, salida civil y militarmente bajo la época de Nasser, y la vieja burguesía anterior a la revolución se ha producido y tiene plena vigencia; tanta—y tanto peso—como lo que las necesidades de los nuevos tiempos se lo hacen tener.

Con la reapertura del canal—y todo lo que ello supone de compromisos—, el cambio de equipos rejuvenecidos y no tan mitificados como los anteriores; las entrevistas a alto nivel—la más importante, la de Salzburgo con Ford—. Anwar Al-Sadat se mete de lleno en una labor de amplia reconstrucción

y construcción internas. Se «egipcianiza», en la medida en que la posición geográfica de su país, su peso específico y los compromisos contraídos se lo permiten. Esta postura, la reapertura del canal, la reabsorción en la orilla de éste de sus pobladores, refugiados en el interior. etc., van a suponer la afluencia de inversiones extranjeras, la recuperación de unos ingresos perdidos durante varios años, la vuelta al trabajo de unas gentes desfavorecidas que habían contribuido a la masificación de El Cairo y otras ciudades y la creación de una vasta zona industrial en torno a los núcleos urbanos sitios en la zona occidental del canal.

Lo que, por otra parte, servirá también para contrarrestar esas alarmas, más o menos infundadas, sobre la utilidad y el porvenir de la famosa Alta Presa, cuyos defectos de construcción o planeamiento están siendo aireados por la misma prensa egipcia, bastante contestaria, de acuerdo con los tiempos que corren.

Y en relación con las vías de agua, el Chat Al-Arab sirve, prolongándose por una larguísima línea que sigue, con variantes de poca importancia, la de los antiguos mapas ingleses y otomanos de principio de siglo, de frontera ya fijada y con amplios deseos de no más conflictos entre el Iraq y el Irán. Fijación de fronteras, conseguida tras años de hostilidad mutua y gracias, en buena parte, a la mediación del Gobierno argelino. Una comisión mixta se reunirá periódicamente para resolver cuantos puntos de fricción o de duda surjan en la aplicación de este arreglo. Varias cláusulas prevén la no utilización de los pasillos marítimos en el golfo Arábigo-Pérsico por ningún barco que pertenezca a una nación en guerra con uno de los dos firmantes, lo que apunta a Israel y a la venta de petróleo persa a este país.

En la liquidación de problemas emprendida por Iraq—terminada también la guerra contra los kurdos de Al-Barazani, al menos por el momento—aparece el acuerdo entre los dos Gobiernos baasistas de esta nación y de Siria, a propósito de la utilización común de las aguas del Eufrates, retenidas en buena parte, según los iraquíes, por la presa siria de Dabqa. Hace unos meses las relaciones entre ambas naciones vecinas se habían deteriorado, una vez más dentro de la periódica confrontación entre ambos primos del Baas, a causa del enfado iraquí por la inauguración de la mencionada presa, que, en cierto modo, controla las aguas del río, pudiendo privar así al campo hermano de su elemento más necesario. Arabia Saudita intervino como mediadora, tras de una primera negociación fracasada en la Liga Árabe, y los representantes del rey Jalid consiguieron crear un acuerdo por

el cual Siria acepta aprovisionar de agua las tierras del Eufrates, situadas en Iraq.

Hablábamos antes del canal de los faraones. Hablamos ahora de los fenicios. Porque, en cierto modo, como tales se reclaman, con un sentimiento nacionalista a ultranza, los falangistas libaneses de Pierre Gemayel, quienes, con sus verdes uniformes, están empeñados en una lucha intermitente, cruel y sólo levemente parecida a la de los protestantes y católicos en el Ulster, contra las fuerzas palestinas de la OLP desde hace varios meses. El difícil y sabio equilibrio interno político, religioso y de comunidades, que ha sido la característica del Líbano a partir de la independencia, está siendo fuertemente corroído por la presencia, en su propio territorio y en su entorno, de los estímulos poderosísimos que supone la guerra de liberación emprendida por los palestinos y los fuertes contenidos revolucionarios de éstos, dirigidos hacia todo el mundo árabe de signo conservador. Ello aparte de que la Falange de Gemayel es cristiana maronita, constituida fundamentalmente sobre la burguesía media, de tipo comercial, y fundamentalmente vertida a su defensa. La razón de subsistir del Líbano, que es su economía financiera, complicada y sutil, el turismo y toda la pequeña industria y comercio a que dan lugar, se han visto alterados, cada vez con más profundidad, por el gran conflicto palestino-árabe-israelí. Ciertamente, todos sabemos que el país heredero de las ciudades fenicias no ha intervenido de modo militar y directo en las guerras; pero, a cambio de ello, se ha visto obligado—con más o menos buenas ganas— a aceptar fraternalmente la presencia de los refugiados palestinos y de sus fuerzas armadas, nerviosos y nerviosas, de día en día, a causa de los continuos aplazamientos dados a su problema a través de lo que tiene que parecerles—forzosamente—politiqueo internacional y, lo que es más grave, interárabe. El peso palestino humano, político, armado y emocional está a punto de romper ese difícil equilibrio interno al que nos referimos. Y en consecuencia, agravados peso y estímulos por los frecuentes *raids* que los israelíes hacen en el territorio libanés, en calidad de represalias o aviso, contra las actividades guerrilleras palestinas, partidas del Líbano, a territorio israelí, parte de la sociedad libanesa, fundamentalmente la de carácter medio y cristiano, empieza a adoptar posturas de tan claro enfrentamiento con los palestinos como es la lucha armada civil. Efectos aprovechados—podríamos pensar que incluso estimulados— por alguna de las otras comunidades y partidos que constituyen el mosaico libanés. Efectos también aprovechados—tal vez atizados— por elementos no libane-

ses, aunque sí posiblemente árabes. La política interna del Líbano ha sido siempre difícil de comprender a causa de la minusculización de los intereses y grupos en ella presentes. Ahora se transforma en mucho más difícil porque se trata ya de una casi confrontación entre comunidades cuya fe, nivel de vida, influencia dentro del Estado y casi educación es diferente. Una confrontación en parte espontánea—por latente desde siempre—, en parte manejada, a uno de cuyos lados vienen a añadirse, lo quieran ellos mismos o no, los palestinos refugiados. Si el Líbano no fuera desde siempre un país en donde los compromisos y el equilibrio son un arte, habría que pensar en el preludio de una gran guerra civil o de una partición.

Mientras tanto, la resistencia palestina sigue manifestándose en Israel con la destrucción de una serie de edificios industriales u oficiales, que, naturalmente, cobró mayor intensidad durante los días que marcaban el aniversario de la guerra del 67. Y la proyectada Conferencia de Ginebra, «última esperanza para la paz», según palabras de Sadat, sigue patinando entre las potencias árabes, Israel y las grandes potencias, sin llegar a nada concluyente. En tanto que en la isla de Chipre surge un nuevo Estado turco, proyectadamente federal con el griego de la misma, dentro de una balcanización que posiblemente nada positivo traerá para los habitantes del maltratado y codiciado terreno, tan estratégicamente puesto en la geografía política para su periódica desgracia. Respecto al petróleo, mecha, con otras materias primas fundamentales, de los grandes conflictos de nuestro mundo en esta etapa de pubertad, sigue el tira y afloja iniciado hace casi dos años, necesitando cada vez más, según las ideas expresadas por el representante de alguno de los principales productores, de conversaciones verdaderamente serias, directas y con resultados visibles entre los países productores y los países consumidores; éstos, en su mayor parte, equivalentes a países plenamente industrializados, y aquéllos, también en su mayor parte, a naciones en vías de un desarrollo progresivamente más urgente.

Las consecuencias a sacar de toda esta serie de hechos pueden ser positivas, dado el carácter de apaciguamiento que suponen varios de ellos. En la política de nuestros días resulta difícilísimo prever nada, pero si una serie de focos de tensión se calman o evolucionan del modo que la misma evolución del mundo aconseja, lo normal es que, pese a cualquier remolino, incluso grave, que se produzca, los resultados finales serán más bien buenos. El camino emprendido por Egipto es el más lógico para superar sus dificultades internas, especialmente las económicas, y poder colocarse así, de lleno,

en la rampa que le lleve al desarrollo; rampa a la que nunca llegó a subirse del todo en razón de los tremendos compromisos adquiridos con su entorno. La Unión Soviética ha liberado a éste de una parte considerable de las deudas, lo que supone un gran alivio. El deseo del nuevo Egipto es terminar con el peso paralizante de las guerras y vivir en paz, construyendo su casa. Falta saber si Israel va a seguir demostrando una intransigencia, a su vez nada constructiva, o si está dispuesto a abrirse de cara a unos tiempos que, en definitiva, pueden presentar un cariz más favorable para el vivir de todos. Falta saber también cuál será la actitud y el nivel de presión respecto a Israel, de los Estados Unidos de América, así como el nivel de ayuda que éstos quieran conceder al mismo Egipto para poderle permitirse continuar por la línea de en medio. De acuerdo con la lógica, el bálsamo puesto sobre las heridas fronterizas entre Iraq e Irán y sobre las diferencias entre Iraq y Siria, debe conducir a la curación de estos focos enconados y permitir a los respectivos países, concentrar sus esfuerzos en el interior, terminando incluso con viejos problemas, como es el disgusto kurdo. En lo referente al Líbano, lo que sí parece probable es un cambio en el centro de gravedad, que se va inclinando más hacia la población musulmana, menos favorecida económicamente, pero más abundante. Lo que es de esperar es que este cambio de eje se haga con una readaptación mutua entre todas las comunidades, permitiendo al Líbano seguir siendo lo que hasta ahora ha sido, aunque más acorde con la realidad. El gran problema continúan constituyéndolo los palestinos en todas partes. Privados de una patria, de una personalidad nacional, apareciendo muchas veces, y por desgracia, ante los ojos de sus hermanos en lengua y cultura como un lastre, un reflejo de sentimiento de culpabilidad o un peligro del que se habla entre bastidores. Palestina es el gran catalizador en potencia de la nación árabe, pero un catalizador del que casi todos, incluyendo los no árabes, procuran alejarse o mantenerlo en estado de duermevela.

RODOLFO GIL B. GRIMAU